

## **La educación de príncipe**

En los capítulos 67 y 85 de su *Libro de los estados*, don Juan Manuel aporta datos de su educación. A los cinco años se iniciaron sus lecciones de latín, equitación y cacería. Sus ayos lo despertaban los lunes de madrugada a oír misa y después lo llevaban a montar. Lo vestían con ropa muy pesada, no sólo para protegerlo del frío, sino para acostumbrarlo a la carga de las armas: en la mano derecha portaba una lanza, mientras en la izquierda se posaba el halcón, y llevaba una espada ceñida a la cintura, para enseñar los brazos al peso del escudo y de la espada que portaría siendo caballero. Desde niño le enseñaron a espolear el caballo para que le perdiera el miedo a los grandes saltos. Durante las noches que dormía en el bosque procuraban que la cama no siempre fuera cómoda y bien hecha, y en medio de la madrugada hacían grandes ruidos para aligerar su sueño y despertar en medio de una emboscada.

El resto de los días, después de comer y descansar, la lección se dedicaba a conjugar los verbos, declinar los sustantivos y traducir proverbios. El martes se daba por entero a la lección de latín. Los días se alternaban, uno de caballería y otro de estudio. El sábado repasaba las lecciones de toda la semana, y los domingos descansaba por completo de la cacería y de la gramática, pero lo despertaban muy temprano para la eucaristía y para montar un rato antes de comer. Ese día debía convivir con sus vasallos después de una siesta. Nunca le daban vino antes de los alimentos y, aun cuando le estaba permitido, se lo rebajaban con la mitad de agua. Tan pronto aprendió a leer y hablar latín, se le infundió el amor por las crónicas históricas y por los hechos de los grandes hombres.

A pesar del rigor, don Juan Manuel fue un niño mimado: “los hijos de los infantes no son tan bien criados como debiera, porque los crían para darles placer, y se esfuerzan en halagarlos, consentirles cuanto quieren y loarles cuanto hacen. Les dan a entender que porque son muy honrados y de alta sangre, se ha de hacer lo que ellos quieran sin que se esfuercen mucho por ello. Y en esto son engañados, porque en mal punto fue nacido el hombre que quiso valer más por las obras de su linaje que por las suyas” se quejaría después.

Su educación de príncipe la completó la Orden de Predicadores, fundada por Santo Domingo de Guzmán, que tenía a su cargo la Inquisición, el aparato policíaco del Papa. Ortodoxos, guardianes de la fe, los dominicos se convirtieron en los capellanes de la aristocracia (fray Ramón Masquefa llegaría a ser canciller de don Juan Manuel) y sus aliados en la defensa del orden establecido, y se especializaron en perseguir a las corrientes místicas que abundaban en la Edad Media.

Las órdenes mendicantes se habían lanzado a una vida de pobreza y predicación que cuestionaba a la sociedad feudal y a la figura opulenta e imperial del Pontífice. A fin de contrarrestarlos, los dominicos recurrieron a una herramienta inédita de propaganda que importaron de Oriente: las colecciones *deexem pla*, los relatos ejemplares que daban una lección moral y al mismo tiempo reivindicaban a la sociedad establecida. Éste será también el género elegido por don Juan Manuel para *El libro de los enxiemplos del conde Lucanor e de Patronio*, y sus fuentes serían los mismos relatos orientales de los frailes dominicos.

El Infante don Manuel, padre de don Juan Manuel, murió cuando su heredero tenía dos años, y su madre, Beatriz de Saboya, cuando el niño tenía ocho; don Juan Manuel se preciaba de que había sido amamantado por su madre y por una infanzona. Su crianza se completó en la corte de su primo, el rey don Sancho IV el Bravo.

A los 12 años su primo el rey Sancho lo mandó a “tener frontera” contra los moros de Granada, que invadieron Murcia: “Tuvieron muy buena andanza mis vasallos con mi pendón, porque vencieron a un



M.I. AYUNTAMIENTO DE  
**VILLENA**

**MUSEO  
DE  
VILLENA**

hombre muy honrado, Iazan Abenbucar Abenzayén, del linaje de los reyes moros, y traía consigo mil caballeros. A mí mis vasallos me dejaron en Murcia porque no se atrevieron a meterme en tan gran peligro porque era muy mozo”, relataría después don Juan Manuel.